

EL HOMBRE JUNTO AL RÍO¹

Francisco Miguel López Serrano

NOTICIA BIO-BIBLIOGRÁFICA:

Francisco Miguel López Serrano.

Épila (Zaragoza), 1960.

OBRAS PUBLICADAS:

Prosa:

- *El Mercado de los Duendes*, IFC. Zaragoza, 1998.
- *Las Hordas de la Aurora*, Tantín. Santander, 1999.
- *El Hígado de Shakespeare*, DVD. Barcelona, 2000.
- *Sabor de Malta*, Kutxa. San Sebastián, 2001.

Poesía:

- *Ars Moriendi*, Genil. Granada, 1986.
- *Un funesto deseo de luz*, IFC. Zaragoza, 1990.
- *La afable vecindad de la muerte*, Editora Regional. Mérida, 1997.

Traducción:

- Dante Gabriel Rossetti, *La Casa de la Vida*, Pre-Textos. Madrid, 1998.
- Thomas Hardy, *El Gamo ante la Casa Solitaria*, Pre-Textos. Valencia, 1999.

En 1993 obtuvo una ayuda a la creación literaria del Ministerio de Cultura por el libro *La afable vecindad de la muerte*, y en 1995 otra por la traducción de la obra del poeta inglés Dante Gabriel Rossetti. Ha obtenido, entre otros, los siguientes premios literarios: "Ciudad de San Sebastián", "Manuel Llano" (en dos ocasiones consecutivas), "Gabriel Aresti", "Imagínate Euskadi", "Premio Ciudad de Zaragoza", "Isabel de Portugal", "Feria del Disco de Chile", "Musquiz", "Premio Extremadura a la Creación", "Premio Jaén", "Certamen de Traducción de la Universidad de Extremadura", etc., etc.

Una vez más cae la tarde sobre los muros grises de la aldea, sobre la osamenta de los cerros grises, sobre el páramo, la estrecha vega y el arroyo que la nutre y recibe a su vez, como un proscrito al que el paisanaje alimentara en su huida, el agua acerada de los torrentes. Los últimos rayos de sol se demoran en las copas de los árboles, ajenos y a la vez íntimos, como brotes de muérdago, y destilan una luz tenue y difusa, similar a un vaho de oro. Una luz incapaz de alumbrar algo que no sea un hecho trágico, como la pasión de un dios o la existencia humana.

Hace ya quince años que llegó a este lugar donde ha de morir y, por voluntad propia, sigue siendo un extraño para sus gentes. Gentes sencillas que se preguntan (se preguntaban antes de que la costumbre lo tornara invisible) quién es y qué ha venido a buscar a ese apartado rincón del mundo. A menudo, él mismo se repite esas preguntas para no olvidar la respuesta. Para no olvidar, una y otra vez, regresa al pasado del mismo modo en que el asesino vuelve siempre al lugar del crimen, no tanto con el propósito de purgar su culpa como con el anhelo imposible de recobrar la inocencia.

Su baúl sigue intacto, todavía por deshacer. Dentro de él se encuentra todo cuanto fue; todo lo que, sin duda, ya no es ni será jamás. Durante todos estos años ha tratado de enganarse a sí mismo pensando que su estancia en la aldea sería algo provisional, que tarde o temprano habría de llegar la noticia que tan intensa y desesperadamente aguardaba. Un día sonaría el teléfono y oiría la anhelada voz al otro lado del hilo o recibiría una carta, un sobre con su nombre escrito con esa caligrafía inconfundible con la que a menudo acostumbra a soñar, y esa sería la señal que inexorablemente habría al fin de devolverle al mundo. Pero, a excepción de una breve visita, durante todos estos años tan sólo ha recibido por respuesta el silencio.

* * *

¹ Cuento ganador, en la modalidad de castellano, del XXI "Concurso de Cuentos – Villa de Erretereria", organizado por "Ereintza Elkarte", con el patrocinio del Ayuntamiento de Erretereria, cuyo jurado estuvo compuesto por Raúl Guerra Garrido, Jon Obeso, Ezequiel Seminario y Antton Obeso.

Llegó a la aldea una mañana de finales de primavera, procedente de una pequeña población pesquera, en el ferry que unía dos veces por semana las islas con el continente. Antes había viajado siete horas en autobús desde una ciudad invadida por miles de gaviotas y delimitada por las almenas de un castillo y los mástiles de una antigua goleta. A ella había arribado después de un trayecto interminable desde otra ciudad majestuosa y fantasmal llena de cantones con estatuas grises, a la que llegó tras días y días de estancia en el infierno. Había atravesado colinas y valles, ríos y lagos, mares y montañas, como si en tan sólo unos días debiera desandar a marchas forzadas el largo camino trazado en toda una vida. Una vida con todos sus accidentes, sus ascensos y descensos, virajes y revueltas, barrancos y hondonadas. Una vida con todos sus agitados y trémulos pasos, hasta llegar a donde ahora se hallaba.

¿Quién es? ¿Qué es? ¿Por qué está aquí? Poco importa. Es el exiliado, el perseguido, el olvidado. Podría ser el gángster que tras su crimen debe mantenerse a la sombra hasta que las aguas se apacigüen. Quizás el asesino buscado en varios estados. Acaso el testigo amenazado, sometido a un programa de protección. Tal vez el vencido en una guerra que atraviesa un puente o cruza una frontera tiritando en la noche cubierto con una manta harapienta. O el que espera que en su país las cosas comiencen a venir bien dadas. El que huye de su pasado o de sí mismo. El inconsolable, el viudo...El que espera.

* * *

La visita a la que he aludido apareció en los primeros días de verano, recién llegado. Un muchacho fue a avisarle a la taberna donde solía trasladar por entonces su espera para disolverla entre los anónimos e indiferentes parroquianos que bebían cerveza y jugaban a los dados o a los naipes. Gentes vociferantes y joviales para quien él sólo era el forastero, el hombre arisco del rincón que leía su diario y apenas hablaba a no ser para reclamar su bebida o para negar ásperamente sus palabras a todo aquel (generalmente otro forastero como él) que se le acercase con ánimo de entablar conversación. Al parecer alguien preguntaba por él y le aguardaba en la puerta de su casa. Salió presuroso a la calle

con el corazón henchido de esperanza y halló en su portal a la persona que le buscaba. Era un hombre de estatura mediana, bastante corpulento y con un aire insípido de vendedor que él mismo se cuidaba sin duda en cultivar. Para redondear esta impresión sujetaba en su mano derecha un vulgar maletín de falsa piel de cerdo. No obstante, bastaba con echar una simple ojeada a su rostro para que todo aquel esfuerzo por conquistar la invisibilidad se viniera abajo estrepitosamente ante la presencia de una cicatriz que le recorría el cuello en una especie de tremuloso trazo (como si se las hubiera visto con un degollador senil aquejado de parkinson o de hamletismo) y que se imponía a los ojos del observador, por encima de cualquier otro rasgo o aditamento enmascarador, con esa facilidad que poseen las cicatrices para arrastrarnos a la ensoñación o la especulación románticas.

Lo convidó a entrar en la casa pero el visitante declinó la invitación con un gesto tajante y se quedó de pie junto a la puerta como si tratara de dar a entender que él no tenía nada que ver con todo aquello, como si quisiera hacer más patente la circunstancia de que se hallaba de paso y que, en cualquier caso, su contacto con aquel lugar estaba condicionado tan sólo a la duración de su encomienda.

El mensaje que le transmitió fue breve y no añadió ni quitó nada a su situación, es decir, no contribuyó en modo alguno a fomentar su esperanza ni a disminuirla. Antes de despedirse, el hombre de la cicatriz, colocó una mano paternal sobre su hombro y le pidió que tuviera paciencia, que en breve todo habría de solucionarse y que muy pronto podría regresar. Abrió el maletín y le hizo entrega de un paquete que guardaba en él y que contenía unos libros y algunas otras cosas útiles de las que difícilmente podía proveerse en la aldea. Luego se marchó dejándole en el corazón, como uno de aquellos personajes principales que pasan fugazmente por un lugar deprimido, un cierto olor de sueño truncado, el desvaído cadáver de una esperanza. Ésa fue, como dije, la primera y última noticia del mundo que recibió en quince años.

* * *

Durante todo este tiempo ha aprendido a esperar, pero la espera, bien lo sabe, es una ciencia difícil. La esperanza es como un traje que



el tiempo va poco a poco deshilando y desluciendo, un traje que se arruga en las largas noches al raso, se encoge bajo las muchas lluvias y soles, y se aja por efecto de los vientos acerbos del invierno; pues todo el que aguarda jamás se halla al abrigo sino que permanece expuesto a la más cruda intemperie.

Aún hoy que la certeza absoluta de haber sido olvidado debiera darle al menos un poco de sosiego, algo de esa paz que se asemeja a la muerte, no son pocos los momentos en los que la desesperación lo vence. Es entonces cuando la vasta provincia del pasado impone su hegemonía, cobra sus tributos, exige sus diezmos y sus sacrificios rituales como una deidad maléfica. Poco a poco el tiempo va imponiendo en su vida un orden más severo, un más austero impulso, convidándole al turbio solaz de la memoria, y esta revisión nostálgica de lo que fue, esa lenta y minuciosa disección de sus propios restos, prescindiendo de la evidencia del presente como si se tratara de un mal sueño, le hace dar de nuevo un salto desde el pasado hacia el porvenir. Tarde o temprano, se repite una y otra vez, llegará la señal que aguarda y todo volverá a ser como antes. Pero en el fondo sabe que no debe confiar demasiado. En realidad, piensa, lo que

debiera hacer es comenzar a aceptar de una vez por todas su situación, deshacer las maletas, abandonar la indefinida víspera en la que se ha instalado e iniciar hasta donde le fuera posible una nueva vida. Tal vez, incluso, unirse a una mujer, formar una familia, echar raíces. Sería preciso, se dice, resignarse al instante, enquistarse en el ahora como el musgo sobre la piedra, aceptar que ningún tiempo pasado o por venir es mejor que el presente y que si a veces pensamos lo contrario es porque en realidad nos cuesta mucho menos soñar o recordar que vivir. Sin embargo, concluye ¿cómo afrontar el dolor del instante presente sin el recurso de la esperanza o de la nostalgia?

* * *

El día que concluye, al tiempo que da por terminado su paseo diario, ha sido para él un día de tantos. Un día más consagrado a la espera. Un día sin noticias. A la mañana siguiente, como suele hacer siempre desde su llegada a la isla, se levanta a las doce e inmediatamente baja las escaleras de su casa hasta la planta baja para mirar el lugar (no tiene buzón) donde el cartero suele dejar las cartas. Está vacío. Con todo el resto del día y de su vida por delante, regresa al dormitorio y se acuesta de nuevo sobre el lecho revuelto como si regresara a buscar en el sueño un olvidado camino de regreso. Tan sólo desea dormir hasta el día siguiente, hasta esa misma hora en la cual el cartero habrá de pasar otra vez por su puerta y durante al menos unos instantes su esperanza volverá a renovarse. Pero no logra retomar el sueño. Desde hace tiempo el sueño se ha tornado hosco. Ya no acude a su llamada con la misma facilidad de antes para dejarse acariciar el lomo como un animal afable y dócil sino que permanece en un rincón con las alas encogidas mirándole, observando su desesperación. Abre el cajón de la mesilla y extrae de su interior una caja de luminal. Toma dos pastillas de un golpe y luego una tercera tras una breve vacilación. No deja de ser asombroso, piensa, que en una simple vacilación de no más de dos segundos puedan

cifrarse infinitas reservas de apego a la existencia. Al cabo de un tiempo breve se deja arrastrar por el efecto desintegrador del fármaco. Luego se queda profundamente dormido.

Cuando despierta, el sol está alto y sobre las paredes de la habitación se derrama una luz intensa y cruda como un brochazo de cal viva. En el momento mismo de despertar le asalta durante unos instantes un pensamiento simple y a la vez estremecedor: *"Un día habré muerto, un día ya no estaré aquí"*, y esa certeza parece fluir de lo más hondo de su ser, no tanto de su mente como de su propia sangre como una calentura. Durante unos segundos, antes de que la costumbre lo torne de nuevo inaudible, escucha, con esa intensidad casi dolorosa con que se percibe por vez primera el mundo, el trino ofuscado de los pájaros poniendo a su despertar un fondo de angustia estival. Un moscardón zumba trazando órbitas excéntricas alrededor de la luz burlona. Siente que los somníferos le arrastran todavía hacia el sueño, le hacen caer a intervalos en un pozo profundo y ciego de donde emerge una y otra vez con una sensación de pesadez tras los ojos y un hormigueante rumor en la cabeza. Se levanta, se viste lentamente y sale a la calle sin saber para qué.

Hoy, sin embargo, se ha levantado antes de lo habitual. Tras vagar sin rumbo durante un buen rato, se encamina a las doce hacia la taberna donde suele leer el diario mientras toma su almuerzo. Al doblar una esquina, en la plaza, ve apoyado contra la pared del comercio de ultramarinos el carrito rojo con una banda fosforescente que el viejo cartero siempre deja aparcado cuando se dirige a las casas altas a fin de evitar arrastrarlo por la empinada cuesta que conduce a lo alto de la colina donde todavía perduran, cubiertas de una hiedra voraz, que parece buscar su alimento en el corazón de la piedra, las desoladas ruinas del castillo nimbadas por una densa nube de aves acuáticas. Sabe que el cartero, siguiendo un recorrido que no ha variado en todos los años que lleva viviendo en la aldea, tras entregar el correo en las casas y los escasos comercios del barrio alto, se dirigirá hacia su calle. Por tanto, da media vuelta, desanda

el camino, entra en su casa y se dispone a esperar a que el cartero pase por su puerta. Absurdamente no desea que le vea aguardándole. No quiere que advierta su ansiedad que seguramente no entenderá o le parecerá ridícula. Lo ha importunado tantas veces durante todos estos años con su suspicacia, con su temor a que la carta que espera haya podido extraviarse, que el viejo empleado de correos cada vez que lo ve en la calle no puede reprimir un gesto de prevención o de contrariedad. Por tanto le espera agazapado mientras escucha latir con fuerza su propio corazón. Como no dispone de buzón, todos los días deja entreabierta una ventana de la planta baja para que el empleado pueda deslizarse por ella las cartas. Permanece sentado en la escalera mirando hacia la ventana, aguardando que la mano del cartero asome por ella con la carta que ansía. Aunque lo más probable es que, como tantas otras veces, pase de largo. De pronto repara en que en caso de que se acerque a la ventana, el cartero le verá sentado en la escalera vestido para salir, sin duda esperándole, así que se aleja de allí y se oculta en la cocina donde hay una ventana entre cuyas cortinas puede vigilar la calle sin ser visto. Oye pasos. Por un momento cree que se trata de él pero se asoma cautelosamente y ve a una anciana que pasa arrastrando fatigosamente sus pies. Unos minutos más tarde escucha el ruido del carrito deslizándose por el empedrado. Por un momento los pasos se detienen, sin duda para dejar alguna carta en la casa vecina. Después reanudan su marcha. Conoce de memoria esos pasos firmes y seguros, casi marciales, acompañados por el chirrido del carrito mal engrasado, que parece seguirlos quejosamente como un niño que protestara a cada paso y, no pudiendo seguir la marcha, tuviera que dejarse arrastrar o llevar en volandas. El ruido del carro suena cada vez más cerca. Cuando los pasos se detienen frente a su puerta no puede reprimir un estremecimiento. Al instante oye el ruido de algo que cae al suelo. Con el corazón encogido, aguarda unos instantes que se le figuran eternos hasta que el ruido del carro y los pasos del cartero se pierden a lo lejos y baja las escaleras de dos en dos. En el suelo, junto a la ventana, hay uno de esos sobres reciclados de color sepia que suelen emplear los organismos oficiales en su correspondencia. Está vuelto del lado del remi-

tente pero no tiene remite. Sin duda se trata, piensa, de una carta oficial, algún recibo o alguna factura. Nada. Lo recoge, le da la vuelta y como sospechaba observa decepcionado que se trata de una carta del banco. Ni siquiera la abre, tan sólo piensa en que tendrá que esperar hasta mañana, que aún le queda todo un día inútil y tedioso por delante hasta el próximo correo, y ya sólo desea que llegue la noche para poder dormir y pasar inconsciente el tiempo que resta hasta ese momento. De repente repara en que es viernes y que por tanto ni el próximo día ni el siguiente habrá reparto. Desesperado, se sienta sobre el primer escalón y comienza a llorar como un niño estrujando la inútil carta en su puño.

El lunes pasa la mañana entera aguardando noticias. Espera noticias sentado junto al teléfono que jamás ha sonado. Espera noticias demorando sus ojos sobre el cielo o sobre las aguas del arroyo. Espera noticias acerca de sí mismo como alguien sin memoria, noticias del mundo como un desenterrado. Pero nada sucede.

Vaga por las calles de la aldea hasta que llega al viejo cementerio presbiteriano. Atraviesa las tumbas congregadas como mansas ovejas alrededor de la iglesia cuya torre se alza como la imagen de un pastor que apacentara la muerte. Pisa las gruesas raíces de los árboles totémicos que emergen de la tierra como resucitados desgajando las viejas lápidas y siente como en aquel lugar la gravedad del mundo se acentúa, como si la tierra se muriera de deseo por acoger sus restos y lo llamara con un clamor mineral y secreto. Baja luego hacia el arroyo, hasta el lugar donde se encuentra la gran roca en forma de cono invertido conocida por los aldeanos como "*The Old Man on the Stream*". Esa roca se ha convertido durante quince años en el símbolo de su espera. Durante todo ese tiempo ha visto crecer el musgo en su impassible silueta gris, siem-

pre firme, siempre erguida, fiel a los estrictos dioses de la mineralogía. Se sienta sobre la hierba y contempla su imagen en el seno del río. Constata una vez más lo fácil que sería arrojarle en sus aguas como quien se acuesta en un lecho tibio una noche de invierno. Como muchos otros antes que él, comprende que el hecho de saberse dueño de su propia muerte es lo único que todavía le incita a insistir, aun sin fuerza, en la vida.

Esa noche no consigue dormir. Desde la ventana de su habitación contempla, bajo la noche blanca (en quince años aún no ha logrado vencer el estupor que le produce este fenómeno), el jardín despierto con sus macizos de hortensias y azaleas y siente que está consumando una suerte de profanación, como si el mundo se le mostrara despojado del manto de la noche como una triste doncella desnuda e indefensa temblando ante sus ojos miserables. Mira hacia el cielo, ve densas nubes blancas que pasan veloces como desaliñados fantasmas familiares y algunas estrellas tenues, casi burlonas, y por un momento duda de que exista algo más allá de la aldea en donde habita.

Cuando amanece, se afeita meticulosamente, pese a todo todavía no ha renunciado a su propia autoestima. En sus gestos puede observarse la resolución del hombre que se dispone a acudir a una cita largamente demorada. Al terminar apoya la hoja bajo el lóbulo y aprieta mientras da a la navaja un movimiento semicircular. Siente un leve cosquilleo, no más que el que produce el roce de una brizna de hierba. Pero sabe que no habrá vuelta atrás. Se mira en el espejo por última vez y advierte cada instante de espera huyendo de su rostro y siente que con ellos se esfuman el propio rostro y el mundo. No se despide. Justo un instante antes de que el mundo se desvanezca, con esa claridad de estar ya del otro lado, le asalta la absoluta certeza de que sólo ahora la carta que ha aguardado durante quince años llegará.